

ANTONIO MUÑOZ MOLINA

Cuando tenía 11 años viajó hasta la 'isla misteriosa' de Julio Verne y decidió que él también quería escribir. Cuarenta años después, el sillón 'U' de la [Real Academia Española](#) ha ganado todos los premios: el Nacional de Narrativa, el Planeta y, en 2013, el Príncipe de Asturias de las Letras. Pero él dice que contar historias es «un rasgo universal de la condición humana». Su último libro, 'Todo lo que era sólido', es una mirada lúcida y crítica sobre España.

La mirada del narrador

por Justo Serna

En el discurso que pronunció al recibir el Premio Príncipe de Asturias, Antonio Muñoz Molina hizo una defensa del saber cotidiano, de la práctica, del oficio. Hizo un elogio de las cosas bien hechas: para qué hacerlo todo con rapidez desmañada o con raptos de inspiración si podemos completar sensatamente las obras, los trabajos, las manufacturas. Hizo una apología de la modestia orgullosa, si se me permite afirmarlo así: de la abnegación y del empeño, de la perseverancia. Hizo una crítica del desaliño, de la corrupción, de la inmoralidad, de la impolítica, esto es, del delito y de la descortesía, de la desfachatez y de la picaresca. Hay mucho caradura suelto y hay mucha gente honesta sin trabajo o alimento.

Al decir esto, Antonio Muñoz Molina realizaba un diagnóstico, veía las cosas y, como un artesano que examina y pule la pieza que tiene entre las manos, colocaba cada resorte en un todo que marcha. Su discurso funcionaba porque habla queda, pausadamente, con propiedad y sinceridad. Con imaginación y con oficio.

Él es escritor, observa e imagina cosas que luego arma y levanta en novelas. Pero no sólo en obras de ficción. Un novelista acreditado publica dos libros de ensayo el mismo año en que el galardón Príncipe de Asturias premia una carrera de escritor, de novelista. ¿Es acaso una contradicción o una paradoja? No. Antonio Muñoz Molina es un narrador consumado que también escribe habitualmente sobre arte y sobre política. ¿Qué avales tiene para pronunciarse? Por una parte, es licenciado en Historia del Arte; por otro, tiene estudios de periodismo.

Los conocimientos académicos sólo sirven si fermentan, si se cultivan, si se aplican con sabiduría e intuición. Hay que documentarse, pero sobre todo hay que formarse. Cabe, además, un don especial. Escribir una novela es mirar un mundo potencial, hacerlo visible, materializarlo con palabras. Se necesitan habilidades singulares para reparar con detalle y con tino. Se precisan recursos: disposición y juicio. Y se requieren condiciones intelectuales. O más propia-

mente, ser un intelectual, alguien que se pronuncia, que tiene la audacia de enjuiciar. Eso sí: después de mucha pesquisa y preparación.

El caso que describo es el de Antonio Muñoz Molina. Estudió Historia del Arte y Periodismo, pero eso no le faculta especialmente. Hay algo más. El creador es, antes que nada, un fisgón: un tipo que avizora y que examina, que se familiariza con lo extraño y que se sorprende con lo evidente. Vemos lo que tenemos delante, aquello que nos frena, que nos sorprende favorable o desfavorablemente. Pero también podemos no ver, podemos no apreciar lo que está enfrente. Por decisión o por descuido.

La mirada no es una mera impresión sensorial: es un delicado ejercicio intelectual, una laboriosa operación. Damos significado a lo que distinguimos. Muchos vemos poco y pocos ven mucho, alcanzando a descubrir lo que a simple vista no se percibe: por distante o por cercano. Por estar muy lejos, sin que sea posible divisarlo; por estar muy próximo, sin que sea posible advertirlo, de tan obvio que es.

Antonio Muñoz Molina se atreve a mirar, como hiciera Goya en otro tiempo. O como lo hizo Edward Hopper, con un realismo fantástico. O como hacen los científicos con sus lentes. Se atreve a sondear lo que está a nuestro lado y por descuido no vemos. Se atreve a examinar lo obvio. Y se atreve a echar un vistazo a lo distante. Con prosa libre, con forma demorada y envolvente, sin academicismos y sin barbarismos, sin tedio y sin sobreentendidos, Muñoz Molina se empeña en averiguar el estado de España. Sin aspavientos señala lo que tantos no saben o no quieren distinguir. La mirada se adelanta. El resultado es deslumbrante. No hay frase irrelevante. No hay obra menor. No hay texto breve. No hay idea secundaria. Todo en él es significativo y discutible. Todo en él es prueba de amor propio, de esfuerzo, de valor. De cultura y de lectura.

Justo Serna es catedrático de Historia Contemporánea de la Universidad de Valencia y autor de 'Pasados ejemplares. Historia y narración en Antonio Muñoz Molina'.



ANTONIO MUÑOZ MOLINA: «Siempre he admirado mucho a Rosa Parks. Dicen que estaba muy cansada ese día. Era una mujer de un coraje extraordinario. Me gusta ese gesto valiente y tranquilo»

